

LI

De paz interpusieron los bastones
A las espadas de ambos combatientes,
Con la seguridad que á sus funciones
Dieron siempre las leyes de las gentes.
"Sois—comenzó Pindoro—oh campeones,
"Iguales ambos, nobles y excelentes;
"Mas la lucha es razon que cese luego,
"Pues noche es ya, no turbe su sosiego.

LII

"Tiempo hay de trabajar el dia entero:
"De noche duerme en paz toda criatura,
"Y no estima el cumplido caballero
"Premio ganado entre la sombra oscura."
Responde Argante: "Yo seguir prefiero
"En noche ó dia la batalla dura;
"Mas si es mejor que el sol sea testigo,
"Que ha de volver me jure mi enemigo."

LIII

Dice el otro: "Sí haré si prometieres
"Tambien volver y Oton contigo venga;
"De otro modo será vano que esperes
"Que á aplazar el combate yo me avenga."
Juran así y consultan pareceres
Los heraldos, del plazo que convenga,
Y porque ambos curarse necesitan,
La mañana del sexto dia citan.

LIV

En la mente la lid atroz, horrenda,
De cristianos y moros quedó impresa
Cual rara maravilla y estupenda,
Que la memoria de agitar no cesa.
No hay quien ponderando no se extienda
De uno y otro el valor en la alta empresa;
De cuál hace ventaja á su contrario
Discurre el vulgo discordante y vario.

LV

Cuidan todos suspensos qué suceso
Vendrá á tener pelea tan dudosa;
Si el furor vencerá al prudente seso,
O saldrá la destreza victoriosa.
Mas como nadie, el corazon opreso
Tiene la bella Herminia cuidadosa,
Que de los juicios del incierto Marte
Pendiente ve de sí la mejor parte.

LVI

Esta hija del viejo Rey Casano,
En Antioquía, cuando fué ganada
Entre el botin, del vencedor cristiano
Fué cual valiosa presa cautivada;
Pero le fué Tancredo tan humano,
Que de nadie dejó fuera ultrajada,
Y en medio de la ruina asoladora,
Trato tuvo de reina y de señora.

LVII

Con respetuoso honor, restituida
Dióle su libertad inapreciable,
Y junto, en oro y perlas, muy crecida
Suma, rico tesoro codiciable.
Ella al ver en la tierna edad florida
El ánimo real, el rostro amable,
Presa quedó de amor, que jamas pudo
A un corazon echar más fuerte nudo.

LVIII

La libertad del cuerpo cobró apénas,
Quedó el alma en perpetua servidumbre,
Y del caro señor dulces cadenas
Suspirando dejó con pesadumbre.
La sangre real que corre por sus venas,
De su sexo la púdica costumbre,
La estrechan sólo á que á su madre siga,
Buscando asilo en una tierra amiga.

LIX

Vino á Jerusalem, donde acogida
 La dió el tirano de la hebrea tierra.
 Allí lloró muy pronto dolorida
 Sobre el sepulcro que á su madre encierra;
 Mas ni esa grave pérdida sufrida,
 Ni la suerte cruel que la destierra,
 Pueden desarraigar su amor constante
 O su fuego extinguir un solo instante.

LX

Ama y arde la mísera, y lamenta
 Que de su amor goce ninguno alcanza,
 Que aquel su oculto fuego se alimenta
 De recuerdo muy más que de esperanza,
 Y cuanto más secreto, más aumenta
 Y dentro de su seno más avanza.
 Tancredo al fin aliento la traía,
 Que allí con el ejército venía.

LXI

Espantan á la gente sarracena
 Tantas naciones, tan diversas gentes;
 Mas ella el rostro plácido serena,
 Y alegre ve las huestes diferentes.
 Busca de amor y de esperanza llena
 Al que ama, con ojos impacientes;
 Muchas veces á otro por él toma,
 Y alborozada dice: "Allí se asoma."

LXII

Del Rey en el palacio se elevaba
 Un torreón al muro muy cercano;
 De lo más alto dél se divisaba
 Llano y monte y ejército cristiano;
 Allí, desde que el sol se levantaba,
 Hasta la noche oscura, espera en vano:
 Sin cesar, todo el campo ansiosa mira,
 Y con su corazón habla, y suspira.

LXIII

De allí espíó la lid, y su agitado
 Corazón que temblaba al trance fuerte,
 Decirle parecía: aquel tu amado
 Al riesgo se halla puesto de la muerte.
 De ansia el ánimo lleno y congojado
 Los lances ve de la dudosa suerte;
 Cada vez que la espada mueve Argante,
 Siente en el alma el hierro penetrante.

LXIV

Mas cuando la verdad oyó, que falta
 Que la áspera pelea se renueva,
 Insólito temor así la asalta
 Que correr siente por sus venas nieve.
 Tal vez el llanto de sus ojos salta,
 Que oculta, y tal vez da suspiro leve,
 Pálida, exangüe, muda, amortecida,
 De espanto helada y de dolor transida.

LXV

Con horrible vision su fantasía
 La atormenta, y turbada se estremece;
 Más teme que la muerte, á la sombría
 Noche que sueños mil tristes le ofrece,
 En que al amado paladín creía
 Ver sangriento y herido, y que parece
 Que socorro demánde. Despierta
 Bañada en llanto, temblorosa y yerta.

LXVI

Ni es el temor del daño venidero
 Por lo que sólo el corazón palpita:
 De las heridas que tenía el guerrero
 El recuerdo también su alma agita.
 Falaz rumor del vulgo vocinglero
 La inminente desgracia hace infinita,
 Y ya imagina próximo á la muerte
 En lecho de dolor al héroe fuerte.

LXVII

Habia de su madre ella aprendido
 La secreta virtud de cada yerba,
 Y cual ensalmo sana al cuerpo herido,
 O por lo ménos el dolor enerva;
 Arte que en su país es conocido
 Y á las hijas de reyes se reserva.
 A su caro señor con propia mano
 Curar queria hasta ponerlo sano.

LXVIII

De cuidar á su amado deseosa,
 Al enemigo atroz que cuidar tiene,
 Piensa tal vez de yerba ponzoñosa
 Jugo aplicar en él que le envenene;
 Pero su mano vírgen y piadosa,
 A tal maldad se niega, y se retiene:
 Desea al ménos que eficaz no sea
 Medicina ni ensalmo que allí emplea.

LXIX

El ir del enemigo á los reales
 No la asusta, que en vida peregrina
 Muchas guerras ha visto, muchos males,
 Y de Estados y reinos mucha ruina.
 Los temores disipa naturales
 Tal experiencia en mente femenina,
 Y no cualquier temor temblar la hace
 De remoto peligro que amenace.

LXX

Más que otra cosa aleja de su seno
 El miedo, el temerario amor que alienta,
 Y creeria entre garras y veneno,
 De fieras africanas ir exenta;
 Mas si no de su vida, juzga bueno
 Su honra cuidar, á la opinion atenta:
 Con dudas mil la tienen agitada
 Amor y honor en lucha porfiada.

LXXI

Dice el Honor: "Oh púdica doncella,
 " Que mis leyes hasta hoy has observado;
 " Yo te ayudé en tu servidumbre: en ella
 " La mente y cuerpo castos te he guardado.
 " ¿Libre ahora querrás perder la bella
 " Virginidad que esclava has conservado?
 " ¿Ora en tu puro pecho estas quimeras
 " Quién despertó? ¿Qué piensas? ¡Ay! ¿Qué esperas?"

LXXII

" ¿El título de vírgen no te obliga,
 " Ni de tu honra estimas el tesoro,
 " Que entre la gente vayas enemiga,
 " Nocturna amante, y busques tu desdoro,
 " Y que soberbio el vencedor te diga:
 " Con el reino perdiste el real decoro;
 " No eres de mí digna, y que te entregue,
 " Prenda vulgar, á quien primero llegue?"

LXXIII

De la otra parte Amor, con lisonjera
 Voz, la aconseja y al placer la incita:
 " Nacida—dice—no eres de osa fiera,
 " Ni fria y dura roca, oh jovencita,
 " Que al tierno Amor menospreciar te hiciera
 " Y los goces huir que él facilita,
 " Ni es tu pecho de bronce ó de diamante
 " Que vergüenza te sea ser amante.

LXXIV

" Vé, cediendo al deseo que te impele.
 " ¿Qué vencedor crüel te causa espanto?
 " ¿No has visto cómo á tu dolor se duele,
 " Cuál compadece tu querella y llanto?
 " Cruel será la que hácia él no vuela
 " Cuando su vida se halla en riesgo tanto.
 " Tancredo, fiera ingrata, está espirando,
 " Y tú, de otro la vida estás cuidando.

LXXV

“ A Argante sana, y pronto, porque pueda
 “ A tu libertador matar y él viva.
 “ De toda obligacion tú libre queda,
 “ Y sea este el premio que él reciba.
 “ ¿Posible es que en favor de aquel no ceda
 “ Tu rigor y á éste cures compasiva?
 “ El horror de este solo pensamiento
 “ ¿Cómo volar no te hace en el momento?

LXXVI

“ ¡Ah! Bien fuera al contrario oficio humano,
 “ Y placer te daría delicioso,
 “ Que tu caritativa y diestra mano
 “ A aquel pecho aplicarás valeroso,
 “ Y que por ella tu señor, ya sano,
 “ Color nuevo cobrara en rostro hermoso,
 “ Y las bellezas, hoy marchitas, tuyas,
 “ Te encantarían más como obras tuyas.

LXXVII

“ Parte hubieras también en sus loores
 “ Y en sus altas hazañas y famosas,
 “ Y acabaran honrados tus amores
 “ En alegría y bodas venturosas;
 “ Distinguida serías con honores
 “ Entre latinas madres y entre esposas
 “ Allá en la bella Italia, donde impera
 “ Verdadero valor, fe verdadera.”

LXXVIII

Ya en dicha suma sueña que se halla
 Con tales ilusiones delirantes;
 Mas con mil dudas su ánimo batalla:
 Cómo huir de allí pueda por instantes;
 Que del palacio en torno y la muralla
 Velan y rondan guardias vigilantes;
 Ni en el riesgo de guerra alguna puerta
 Sin gran necesidad sería abierta.

LXXIX

Solia Herminia con Clorinda bella
 Tal vez acompañarse á toda hora;
 Juntas las vió la vespertina estrella,
 Juntas las vió le matutina aurora;
 Mil veces cuando el sol ya no destella,
 Un lecho sus dos cuerpos atesora,
 Y ningun pensamiento que pensaban,
 Si no es de amores, nunca se ocultaban.

LXXX

Sólo en esto secreto Herminia observa:
 Si sus quejas tal vez la otra oía,
 Pretextaba que su dura suerte acerba
 El corazón cuitado la oprimía.
 Buscar por esto puede sin reserva
 De Clorinda la amiga compañía,
 Cuya estancia jamás á ella se cierra,
 En ella esté, en consejo, ó en la guerra.

LXXXI

Vino en su busca un día que á otra parte
 Ida era, y quedóse pensativa,
 Discurriendo cuál fuera el modo y arte
 De la partida en que su dicha estriba;
 Mientras consigo misma allí departe
 Con vaga mente, incierta y discursiva,
 Colgadas de Clorinda en alto mira
 La sobreveste y armas, y suspira.

LXXXII

Y suspirando dice: “Oh cuán dichosa
 “ Eres joven fortísima y valiente;
 “ Cuánta envidia me das; mas no de hermosa
 “ Te envidio el femenil vano aliciente;
 “ Tus pasos no retarda la enfadosa
 “ Túnica ó tu valor celda consiente,
 “ Mas armas vistas. Si deseo tienes
 “ De salir, no te acortas ni detienes.

LXXXIII

“ ¡Ah! ¿por qué fuerte no me hizo el cielo,
 “ De las armas capaz y la fatiga,
 “ Que pudiera trocar brial y velo
 “ Por el yelmo de acero y la loriga?
 “ Así no contendría sol ó hielo,
 “ Viento ó lluvia el ardor que me atosiga;
 “ Sola ó acompañada, noche ó día,
 “ Armada por el campo correría.

LXXXIV

“ Así no habrías, despiadado Argante,
 “ Con mi dueño lidiado tú el primero,
 “ Que yo á encontrarle ido habría delante,
 “ Y fuera aquí tal vez mi prisionero,
 “ Que soportara de enemiga amante
 “ Yugo de esclavitud suave y ligero,
 “ Y sentiría yo con sus cadenas
 “ Grato mi padecer, dulces mis penas.

LXXXV

“ O bien, que fuera de su diestra fuerte
 “ Mi corazón abierto y traspasado,
 “ Y que herida de hierro, de esta suerte
 “ La herida del Amor habría sanado;
 “ Y ahora el alma en paz, el cuerpo inerte
 “ Reposaran. Tal vez el esforzado
 “ Vencedor, mi ceniza honrar quisiera
 “ Y en mi tumba una lágrima virtiera.

LXXXVI

“ Mas ¡triste! que deseo lo imposible,
 “ Y tan loco pensar mi mente opaca.....
 “ ¿A el dolor, pues, me rendiré flexible
 “ Como vulgar mujer tímida y flaca?.....
 “ ¡No será! Corazón, todo es posible:
 “ Osa y confía; fuerzas nuevas saca.
 “ ¿Por poco espacio sostener no puedo
 “ Las armas, aunque débil y con miedo?

LXXXVII

“ Sí podré, sí, que prestará me aliento
 “ Amor, que al más cobarde hace valiente,
 “ Aun al tímido ciervo da ardimiento
 “ Que animoso pelea si amor siente.
 “ Yo guerrear no quiero, sino intento
 “ Un ardid con las armas solamente:
 “ Fingiréme Clorinda, y encubierta
 “ Bajo su imagen, de salir voy cierta.

LXXXVIII

“ Los que las puertas guardan, cierto creo
 “ No osarán resistencia hacerme alguna;
 “ A más pensar, sólo este modo veo
 “ De que á mi amor ayude la fortuna.
 “ Ellos me inspiran, cumplan mi deseo,
 “ Ya que ocasión me ofrecen oportuna:
 “ Cómoda de partir la hora se brinda,
 “ Mientras departe con el rey Clorinda.”

LXXXIX

Decidida, al estímulo cediendo
 De las furias de Amor, no se detiene;
 A la vecina estancia va corriendo,
 Donde las armas á robarse viene;
 Hacerlo pudo fácilmente, viendo
 Que allí sola ningún estorbo tiene.
 Su hurto á cubrir la noche ya aparece
 Que á ladrones y amantes favorece.

XC

Mirando que la noche aprisa avanza
 Con una ú otra estrella, alta y sombría,
 Secretamente llama, sin tardanza,
 Un criado leal de quien se fia,
 Y una doncella que su afecto alcanza;
 De lo que piensa, parte les confía:
 De su fuga el designio les descubre,
 Mas con otro motivo el cierto encubre.

XCI

El escudero fiel apresta en tanto
Lo que juzga al intento necesario;
Ella el lujoso traje y rico manto
Se desviste que usaba de ordinario.
Su cuerpo ofrece así mayor encanto
Que el que soñó jamas griego estatuario;
Nadie la ayuda, salvo la criada
Que á acompañarla tiene señalada.

XCII

Con duro acero el tierno cuello oprime
Y esconde la dorada cabellera;
Toma el escudo y al tomarlo gime,
Que á mano tan gentil muy grave era;
Brilla el hierro, y parece que la anima
En militar arreo, alma guerrera:
Amor presente rie, como el día
Que á Alcides femenil traje vestía.

XCIII

¡Oh! con cuánta fatiga ella soporta
El peso enorme, y va con pasos lentos;
Mas la fiel compañera la conhorta
Y ayuda sus penosos movimientos.
Con esperanza Amor á osar la exhorta
Y para proseguir la presta alientos.
Donde está el escudero al fin llegaron
Y al punto muy aprisa cabalgaron.

XCIV

Van así disfrazados, y el sendero
Más escondido toman cuidadosos,
Cuando á muchos divisan y de acero
Reflejos en la sombra numerosos;
Pero el estorbo no hallan más ligero,
Que el paso ceden todos respetuosos,
Siendo el cándido manto y la temida
Enseña aun en la sombra conocida.

XCV

Herminia, aunque su miedo algo minora,
A ir del todo segura nunca acierta;
De su osadía se arrepiente ahora,
Que teme ser al cabo descubierta;
Mas oculta el temor que la devora,
Y engaña al que cuidando está la puerta.
“ Soy Clorinda—le dice—abre al instante,
“ Que del Rey al servicio es importante.”

XCVI

La femenina voz tan parecida
A la de la guerrera, á aquel engaña;
Ni puede ser con otras confundida
Que armadas nunca salen á campaña.
Obedece el portero, y en seguida
Sale Herminia y los dos de su compañía;
Por más seguros ir, al hondo valle
Bajan y toman una oblicua calle.

XCVII

Luego que se vió Herminia en descampado
Lugar, el paso un tanto detenía;
Juzgando el primer riesgo ya pasado,
Ser descubierta casi no temía.
Ora piensa lo que ántes no ha pensado
Con madurez, y ser le parecía
Más árduo de lograr lo que intentara
Que lo que su deseo lo pintara.

XCVIII

Ir al campo enemigo era locura
Armada así y en guisa de pelea,
Y más cuando á su amado hablar procura
Antes que de otros conocida sea.
Secreta amante, de su honor segura,
De improviso llegar hasta él desea;
Párase, pues; al escudero llama
Y cauta le habla así la hermosa dama:

XCIX

“ Que me precedas quiero: parte luego,
 “ Fiel servidor, con priesa cautelosa
 “ Al real, y haz que te lleven con sosiego
 “ Donde Tancredo en su dolor reposa;
 “ Dí que le llevas de una dama el ruego
 “ Que salud trae, y paz le pide ansiosa:
 “ Sí paz, que con Amor voy guerreando
 “ Y quietud busco y refrigerio blando,

C

“ Y es tal la fe que tiene en él, que quiere
 “ Confiársele, y agravio no recela.
 “ Esto no más dí á él solo; si algo inquiere,
 “ Dí que no sabes y al retorno vuela.
 “ Yo en tanto será bien que aquí te espere,
 “ Que es seguro lugar para la vela.”
 Dice así, y el leal buen escudero,
 Como si alas tuviera, va ligero.

CI

Tan bien obró, que fué amistosamente
 A lo interior del real introducido;
 Llegó donde Tancredo está doliente,
 Que escuchó la embajada complacido:
 Dejóle luego en la dudosa mente
 Con pensamientos mil entretenido.
 Llevó grata respuesta y apacible:
 Que éntre oculta lo más que sea posible.

CII

En tanto ella esperando se impacienta
 Larga ya imaginando la tardanza;
 Del que envió entre sí los pasos cuenta:
 Dice: ya llega, entra, vuelve, avanza;
 Parécele (y la idea la atormenta)
 Que lento y torpe es contra su usanza:
 Da unos pasos y sube á la ladera
 Desde donde las tiendas ver pudiera.

CIII

Era la noche: su estrellado velo
 Claro extendiendo va sin nube alguna,
 Rieles tiende sobre blanco hielo
 De vivas perlas la naciente luna.
 La enamorada dama con el cielo
 Sus penas desahoga una por una,
 Y de su antiguo amor hace testigo
 Ya al campo mudo, ya al silencio amigo.

CIV

Y exclama así, miéntas los reales mira:
 “ Latinas tiendas, á mis ojos bellas,
 “ De las que aura suave el pecho aspira
 “ Y solaz siente el alma sólo en vellas;
 “ Así á mi vida que agitada gira
 “ Den honrado reposo las estrellas,
 “ Como en vosotras paz busco y requiero,
 “ Y hallarla entre las armas sólo espero.

CV

“ Acogedme, que en vos hallar confío
 “ Piedad, que Amor me tiene prometida,
 “ La que me tuvo el dulce dueño mio
 “ Cuando su prisionera fuí rendida.
 “ No anhelo de cobrar mi señorío
 “ Con vuestro auxilio, á veros me convida;
 “ Sólo á dicha tendré que me conceda
 “ La suerte, que en vosotras servir pueda.”

CVI

Consigno así discurre, no previendo
 Lo que adversa fortuna le prepara.
 Se hallaba en parte en que la luz hiriendo
 Estaba su armadura tersa y clara,
 Y de ella el brillo léjos esparciendo
 En su blanca figura se repara,
 Y al ver la grande tigre que destella
 Sobre plata, dirá cualquiera: es ella.

CVII

Como quiso su suerte, están cercanos
 Muchos guerreros puestos en celada;
 Eran los jefes de ellos dos hermanos,
 Alcandro y Poliferno, y la órden dada
 Es no dejar llegar á los paganos
 Ovejas, ni ganados, ni boyada;
 Y si el criado ántes halló paso,
 Fué porque un gran rodeo diera acaso.

CVIII

El jóven Poliferno á cuya vista
 Clorinda el padre dél habia matado,
 Luego que el blanco manto y yelmo avista,
 Que ella misma está allí se ha figurado;
 Y como al gran coraje no resista,
 Sobre ella el escudron lanza irritado,
 Y porque eso á su cólera no basta,
 " Muere"—dice, y le arroja en vano la asta.

CIX

Como cierva sedienta que camina
 Buscando el agua de la fresca fuente
 Que entre las peñas brota cristalina,
 O de un rio en el prado la corriente,
 Los perros oye al tiempo que imagina
 Reposar y saciar la sed ardiente,
 Ligera arranca, y el temor la obliga
 A que la sed olvide y la fatiga;

CX

Así ésta á quien sed de amor acosa
 En que su corazon enfermo ardia
 Y que apagarla en acogida honrosa
 Y en calma descansar se prometia,
 Ora que hay quien lo estorbe, y la espantosa
 Amenaza del hierro ante sí via,
 A sí misma, al amor y al real olvida
 Y azorada al corcel suelta la brida.

CXI

Veloz huye: el caballo, que es ligero,
 Con prontísimos piés el suelo huella;
 Siguela su criada, y el guerrero
 Con todo el escudron corre en pos de ella.
 A este tiempo llegaba el escudero
 Tardo á dar la respuesta á la doncella;
 Al verla huir, tras ella va corriendo
 Y en el campo el temor los va esparciendo.

CXII

El más prudente y precavido hermano,
 Aunque la vió y creyó ser la heroina,
 No la siguió, que estaba más lejano,
 Y quedar en acecho determina.
 Manda al punto á avisar al real cristiano
 Que ganado ninguno se avecina,
 Ni presa tal; pero que va en huida
 Clorinda, por su hermano perseguida.

CXIII

Que él no cree ni juzga razonable
 Que ella que es jefe, y no simple guerrera,
 Sin un motivo asaz considerable
 Por fútil ocasion así saliera;
 Mas que le ordene el jefe respetable,
 Pues su mandato para obrar espera.
 Llega al real la nueva y al momento
 De tienda en tienda corre el campamento.

CXIV

Tancredo, cuya mente está suspensa
 Por el primer aviso, al oír esto,
 Quizá cortés á mí venia, piensa,
 Y en riesgo está por mí, y olvida el resto.
 De arnés toma una parte por defensa,
 Cabalga, y en silencio sale presto,
 Y siguiendo el vestigio y huella nueva,
 A su caballo á rienda suelta lleva.